

INTENCIONALIDAD, CONTRADICCIÓN Y FRACASO

Por Néstor Tato

La primera y el último los tengo claros pero la contradicción... hueso duro de roer... y poco explicado aunque parezca tan obvia.

Gracias a mis últimas cavilaciones le encontré una punta. Pero vamos al principio.

¿Qué es la intencionalidad? No es la “estructura acto-objeto”. Ése es un modo aproximado de explicar algo que por sí mismo no es una estructura. Si entendemos por estructura un conjunto relacionado de elementos.

Desde un punto de vista, la intencionalidad es la abstracción de la dinámica constante de conciencia. Que sí, es el estar “lanzando” actos hacia “objetos”. Sólo que en esa dinámica los actos ni se lanzan ni hay objetos... separados de los actos.

Atómicamente considerada, conciencia es una unidad actual. Este término, “actual”, tiene una doble aproximación o sentido: es lo que es, lo que transcurre en este momento, lo presente que tiene un pasado y espera un futuro; y desde otro punto de vista, es lo propio del acto, abstraído del transcurrir, como congelado en una foto. En un caso el foco está puesto en que es parte de un proceso con todo el “color” propio de ese proceso y en el otro, está puesto en la estructura del acto con independencia del proceso; en lo que el acto tiene en común con cualquier otro acto de cualquier otro proceso.

Lo que es, siempre es acto, un momento de una acción. Lo actual es lo propio o característico del acto y eso, es el presente porque el acto es siempre presente. Cuando el presente sea futuro también será un acto presente, así como fue acto presente en el pasado. El entrelazamiento del pasado y el futuro en el presente, el cruce de protensiones y retenciones es lo actual.

El acto es eso pero también es lo congelado, delimitado, expuesto en su detalle compositivo, en su ser continente que expone un contenido. El famoso “objeto”, eso que está ahí, lanzado delante, ob-yectado.

Esa unidad actual es la conciencia. La expresión “conciencia de algo” refiere a la presencia del objeto para un observador. Éste es lo que marca el aquí desde el que se señala el delante donde se emplaza eso, que se emplaza por delante del observador. O sea, éste para el que éso está allí o bien, éso que está ahí para éste que está aquí. Una cuestión de punto de vista.

En la vivencia no hay nada de eso: no hay observador ni objeto ni conciencia. Cuando hago algo estoy tomado por la situación; estoy haciendo, con todo lo que implica (no hay distancia de la situación, no hay conciencia separada de mi haciendo, y de mí, si la hay, es una copresencia perdida en el haciendo; apenas soy un barullo de pensamientos estrechamente ligados con lo que estoy haciendo o con lo que estoy viviendo).

Cuando vivo, vivo, y no es una tautología. Es que no puedo hacer otra cosa. Puedo sí, apereibir, pero eso implica enlentecer la escena, tomar distancia, separarme de lo que me rodea, aún cuando siga en un haciendo que ya no es tan obnubilante. Pero cuando vivo estoy obnubilado por lo que hago.

Cuando *imaginando* recupero esos momentos, puedo *imaginar* los pensamientos como saetas que se disparan hacia el objeto, perdiéndose en él, modificándolo, desviándose y desvaneciéndose. Esos son los “actos lanzados” que puedo *imaginar* como tales. No son los actos vividos porque no puedo vivirlos siquiera como actos: en todo caso puedo dar cuenta de una situación-objeto que está ahí con o en la que hago algo, y aquí, hay como por detrás de los ojos asomándose, los pensamientos. Los sentimientos, pensamientos,

sensaciones que despierta la situación. Y yo como en el medio pero por delante de mi movimiento “interno”. Tratando de mirarlo pero nunca pudiendo enfocararlo, siempre como por el rabillo del ojo, paneando mi copresencia.

Apenas puedo ver que estoy lanzado hacia, filiar desde dónde, desde qué pensamientos o sentimientos estoy lanzado. Porque el lanzado soy yo, no son “mis” actos. Soy yo el que va hacia las cosas en las múltiples formas del movimiento que puedo desplegar o de mi imaginación. Aún cuando vivencie que las cosas “se me vienen encima”, soy yo el que está yendo.

El fluir de la conciencia recibe con las impresiones mundanas la realimentación de mi acción, de mis sensaciones internas, y confluyen en la sensación de yo, que estoy en el flujo constante tratando de mantener el equilibrio, de apartarme, detenerlo, orientarlo.

Yo, una imagen más entre la miríada de imágenes que fluyen, definida por la constancia de mi presencia. Yo estoy siempre. Y si siento que no es así, basta que afine, amplíe un poco el foco, y aparezco. Porque el simple hacer algún movimiento, mínimamente intencionado, hace la diferencia sensible que me hace presente.

Conciencia se mueve, tendida hacia el mundo. El cuerpo se mueve en el mundo, pero conciencia se mueve hacia, nunca en. Las referencias espaciales son propias del cuerpo y distintas de las direccionales de la mirada, las coordenadas de orientación de la conciencia. Básicamente, adelante y atrás. (Pueden superponerse con los parámetros espaciales y sumar el cuadrante que permite orientar la mirada: a 90°, 120°, 180° o 360° (0°) y las variables intermedias. Esas serían las referencias en la representación, sin suelo, sin cuerpo.)

Porque conciencia está siempre tendida hacia y eso implica una dirección. Esa dirección se puede decir que está dada por los objetos, que conciencia “va” hacia los objetos, hacia el mundo. Y que en cada momento, el objeto actual es la dirección de conciencia. Pero hay que considerar siempre que el objeto actual no es necesariamente externo ya que conciencia se dirige a objetos tanto externos como internos.

El objeto “actual” es el objeto del acto y como tal, como acto es parte del flujo de conciencia.

Como conciencia representa el mundo aún cuando lo percibe, son las imágenes que ella misma produce las que la orientan, porque los objetos están configurados en imagen y es así que dan dirección.

En esa dinámica espontánea donde yo estoy casi desaparecido, en la que llamo imágenes a las imaginadas y llamo percibidas a las cosas, en la que lo imaginario y lo perceptual son netamente diferenciados, no hay diferencia entre objeto e interés, eso que me mueve o que hace que tal objeto esté en presencia, que lo elija.

Me mueven mis intereses y mis intereses son concretos, encarnan en cosas o personas (cosas, al fin, en términos de concreción). Mis intereses son concretos aunque mi pensamiento sea discreto, no tenga solución de continuidad, porque es un flujo constante.

Lo diga o no, sea consciente o no del interés, está. Es mi vínculo con el mundo. Si no hay interés, no hay mundo. Aunque bulla afuera mío, el mundo deja de estar. Esa es la situación del fracaso: el mundo está ahí pero no *es para* mí. Es él, es para los demás, pero no para mí. Mi interés no está. El aliento que me daba el anhelo de un proyecto que no se dió, “murió” con su frustración.

“Nada *me* mueve”. Nada me interesa. Mi sentimiento, mi expectativa se frustró. No resultó lo que anhelaba. Fracasé.

Hasta que mis intereses se recompongan, claro. Y si no, es la muerte en vida. Pero aún así, en ese estado *para mí* no interesante, hay interés. Si no, no habría vida.

Porque el interés es la síntesis, el resultado de la valoración que constantemente, a cada momento, hace conciencia. Conciencia valora, conciencia valida. Evalúa a cada instante lo que vive, y como resultado lo convalida o rechaza. Me interesa o no me interesa.

Mis intereses están en lo que me rodea, en lo que anhelo que me rodee. Están dirigidos hacia afuera. La enorme mayoría de los intereses que me mueven, tienen que ver con el cuerpo. Aún los espirituales, en la medida que están ligados al bienestar corporal.

Se acostumbra a llamar “interés” a algunos que están especialmente calificados por el proyecto o la situación a que están ligados. Y son éstos los que quedan baldados por el fracaso. Sin embargo, sigo viviendo después. Porque hay intereses en juego, aunque no los reconozca como tales.

Cada objeto presente en mi vida porta un interés. Y presencia quiere decir capaz de llamar mi atención habitualmente, de ocuparme con él. A la inversa, los intereses buscan los objetos que los satisfagan. Los intereses, con mayor o menor definición, son previos a la búsqueda de los objetos que los satisfagan. De modo que mi esfera de conciencia está delimitada por mis intereses. Lo que no me resulta interesante cae fuera de mi percepción, aunque esté ahí.

Lo que no me interesa no puede hacerme fracasar. Porque no me mueve.

Los objetos interesantes trazan direcciones. Me lanzo hacia ellos, a tomarlos, poseerlos, usarlos, gozarlos, agotarlos. Puedo alcanzarlos y mi interés se satisface, se cumple. Y ésto se dará en mayor o menor medida según el grado de cumplimiento, de coincidencia entre las áreas que compromete mi interés y las que me ofrece el objeto.

Ese movimiento hacia el logro compromete mi corazón. Mis sentimientos alimentan la acción y la emoción se amplía o contrae, se aliviana o pesa según las circunstancias que se presentan en el curso de la acción. Esa contracción cardíaca también depende de las posibilidades del logro: si se vislumbra, el corazón se expande; si se complica, se contrae. Según el futuro se presente abierto o cerrado, el corazón bulle o aprieta.

Esa respuesta no se da frente a una realidad sino frente a una visión de la realidad. Es una valoración del objetivo y los resultados obtenidos lo que determina el filtro con que veo la realidad. Más precisamente, con que la realidad se configura en mi conciencia.

Es un juego de imágenes y la central, soy yo. Es mi imagen de mí y su posibilidad de proyección sobre la situación a lograr lo que determina las variaciones de mi corazón, de mi *cor* o núcleo de ser.

Es la posibilidad de que yo, que floto en medio del flujo vital de la conciencia, pueda alcanzar aquél “puerto” que avizoro, o no, lo que abre o cierra mi *cor*.

¿Será, entonces, que el flujo vital brota del *cor*? ¿Será que las imágenes mismas brotan del *cor*? Porque si el flujo son imágenes y el corazón aprieta o bulle según las imágenes de logro o frustración, cuando menos puedo establecer un vínculo íntimo entre las imágenes y el corazón.

Ese bullir nuclear me hizo pensar en la dirección. Si las imágenes son “lanzadas”, son la misma conciencia tendida hacia (porque para tenderse conciencia pone imágenes) la imagen de mí, yo mismo estoy lanzado con ellas, constelándolas. Soy yo el que va adelante, se queda, retrocede, avanza; triunfa o fracasa, en el paisaje que anhelo, que coincide con el paisaje que vivo en distinta medida según el momento. Es la imagen de mí la que marca con su interés la proximidad al o la medida del logro propuesto.

Y ese movimiento, esa medida se aplica sobre un eje que compromete mi corazón. El *cor* está en este extremo, el de la expectativa, y según sea la distancia a que se emplaza o facilidad con que se mueve la imagen de mí, él responde.

En ese curso o camino hacia el objetivo se plantean dificultades, problemas que puedo resolver reconfigurando las imágenes de mis recursos o buscando nueva información. Pero hay situaciones en que me siento bloqueado, cuando no veo por dónde avanzar, y entonces se me cierra el futuro. Y floto hasta que alguna correntada me saca de ahí, por lo general, las variaciones de mi estado corporal que desatascan o movilizan mi estado de ánimo. O alguna situación en la que puedo emplazarme imaginariamente y modifica mi estado de ánimo y gano un nuevo rumbo que me permite arrancar. Pero, invariablemente, vuelvo al bloqueo, al punto muerto. Quiero moverme en una dirección pero una fuerza se opone, frenándome o devolviéndome al mismo punto. Y compromete el *cor*, claro, es claramente sentido en el corazón, con la contracción del plexo cardíaco. Algo me *contradice*, viene en contra de mi dirección elegida.

No me deja avanzar aún cuando me mueva aparentemente hacia adelante. En el marco de las referencias vagamente copresentes que establecen el valor existencial de la situación, la situación –aunque parezca haber cambiado- es la misma. Cambio cosas, personas, pero mi respuesta, mi estado de ánimo, sigue igual o proporcionalmente es el mismo.

La contradicción no sólo viene contra mi intención sino que radica en mi intención. Claro está que no en la intención clara y decidida que configura mi objetivo, sino en la copresencia de mi intención, que también la integra. Está ya en la masa imaginaria que se lanza en pos del objetivo.

Y también soy yo ese que tira para atrás o patea en contra. Son dos imágenes de mí que no pueden convivir, no pueden coincidir en la convergencia hacia el cumplimiento de una intención.

Por eso contradicen, porque una dice algo y la otra, lo opuesto.

Así me condeno al fracaso porque los intereses que se contraponen en mí mismo, son equivalentes, tienen la misma fuerza, el mismo arraigo, arrastre o tracción como para evitar que mi copresencia se modifique configurando un nuevo trasfondo.

Un nuevo objetivo que me saque de ahí no es más que una nueva ilusión que me devolverá al mismo lugar una vez que se haya desvanecido ante la “cruda realidad”. En la ilusión me muevo hacia delante –muy adelante, por lo general, más allá de mis recursos- y en la desilusión “caigo”, pierdo el nivel de ensueño que había alcanzado y con él, sus ilusorias bondades. Voy para atrás.

Así que, para adelante y para atrás. Hacia adelante del corazón el espacio se expande, hacia atrás, hacia el corazón se contrae. La imagen, al lanzarse hacia la periferia donde se ubica el paisaje deseado, expande “el corazón”. Cuando desaparece la posibilidad de lo deseado, el corazón se contrae.

Con la imagen deseada hay algo más que no sólo soy yo –la imagen de mí que va y viene por esa suerte de carril imaginario por donde se desplaza alejándose o acercándose al *cor*- sino que también está el paisaje, un complejo imaginario que se emplaza ocupando una porción imaginaria del espacio. Y es éso lo que se amplía expandiendo el espacio. Las imágenes asocian imágenes, sus posibilidades de desarrollo (de expansión) y así operan la expansión del espacio.

Es como una masa imaginaria que se amplía o se contrae, o como la describió Silo, una película bicóncava ... o biconvexa, según el sentido del movimiento: expansión o contracción.

Así como el acto pide objeto; la mirada, paisaje; la conciencia, mundo; yo, pido “aquello”, indefinido, vagoroso, que me mantenga en expansión. Y yo, soy el principal obstáculo de esa expansión porque justamente, pido “algo” que necesariamente es

imagen y por serlo, está condenada a la multiplicación, la diversificación, la mutación, la desilusión.

Y esa imagen no la puedo suprimir porque en el otro extremo, o en la misma estructura, o del otro lado, estoy yo, la imagen de mí.

Pero entrambas está la posibilidad del vacío posibilitario

La Reja, junio 16 de 2016